



La vigencia del pensamiento de Francisco Mosquera

FELIPE ESCOBAR y JUAN PABLO ARANGO***

** Director de Ancora Editores.*

*** Subdirector de Cedetrabajo y gerente de DESLINDE.*

*El 1 de agosto del presente año, Jueves de Deslinde rememoró los quince años del fallecimiento de Francisco Mosquera, el fundador del MOIR, partido que en septiembre de los presentes cumplió cuarenta años de creado. En dicha conmemoración Felipe Escobar pronunció las palabras aquí transcritas, estando acompañado por los también conferencistas Guillermo Alberto Arévalo y Carlos Bula Camacho. Por restricciones de espacio, sólo incluimos la intervención de Escobar, a la cual añadimos un perfil de Mosquera, con el propósito de ilustrar sus principales contribuciones teóricas y prácticas en el propósito que se trazó de transformar la sociedad colombiana. **DESLINDE***



Pacho

Felipe Escobar

Compañeras y compañeros:

Muy buenas noches y bienvenidos a este acto que nos reúne hoy aquí para conmemorar el décimo quinto aniversario de la muerte de un hombre que ejerció sobre todos nosotros, directa o indirectamente, una influencia perdurable, y del cual no creo que sea exagerado decir que contribuyó como ningún otro a orientar el rumbo de toda una generación de estudiantes universitarios que a principios de la década de 1970, hace ya casi cuarenta años, empezamos a meter las narices en el pantanoso terreno de la política y a tratar de más o menos ubicarnos en el mundo que nos había tocado en suerte.

Pienso, sin embargo, que hacer un inventario de las indiscutibles cualidades de Pacho Mosquera sería una solemne pendejada. En primer lugar porque sospecho que él hubiera sido el primero en

burlarse de semejante ridiculez, y en segundo lugar porque estoy prácticamente seguro de que se hubiera reído de buena gana antes de aclarar que él, como todos los demás seres humanos, no tenía sino las cualidades propias de sus defectos y, por añadidura, los defectos propios de sus cualidades. Lo que quiero señalar con esto es que en muchos aspectos el origen de su trayectoria como dirigente político y como pensador revolucionario hay que buscarlo antes que en ninguna otra parte en su actitud ante la vida, en esa especie de rebeldía visceral, literalmente hablando, que lo llevaba a no tragar entero, a nadar contra la corriente, a desconfiar de los lugares comunes, a cuestionar las verdades establecidas, por más establecidas que estuvieran, y a no dejarse deslumbrar por la apariencia de las cosas. Cuando murió, los compañeros de *Tribuna Roja* me pidieron que resumiera en unas pocas líneas cuáles



Cuadro de Clemencia Lucena.

podían ser los rasgos más característicos de su personalidad, y si la memoria no me engaña, recuerdo que escribí algo así como que Mosquera era un tipo que no solamente estaba en desacuerdo con la organización económica de esta sociedad, con el régimen de producción que impera en ella, para decirlo en términos marxistas, sino que además no compartía los valores de esta sociedad, no admiraba a sus héroes, no respetaba sus símbolos, no celebraba sus ritos, no agachaba la cabeza ante sus mitos, no asistía a sus ceremonias congratulatorias y no se reía de sus chistes flojos, que por lo general le parecían de pésimo gusto. Era, en otras palabras, un contestatario radical, en el sentido exacto de ambos vocablos, y lo fue hasta el día de su muerte.

Cometeríamos un error imperdonable, no obstante, si pensáramos que esta actitud insurrecta ante la vida, por llamarla de alguna manera, obedecía a circunstancias fortuitas. Como todo admirador de Marx que se respete, Mosquera se sentía orgulloso de haber asimilado los valores primordiales de la Ilustración del siglo XVIII, lo que significa que fue siempre un convencido de que la razón humana es un instrumento imprescindible para

conocer el entorno natural y social que nos rodea y para proceder a transformarlo. Su rebeldía, por lo tanto, era una rebeldía razonada, rigurosamente estructurada desde el punto de vista intelectual, y cuando tuvo la oportunidad de ponerla por escrito, cuidadosamente expuesta desde el punto de vista del lenguaje, al que le profesaba un

profundo respeto. Ante la cultura política, económica, filosófica y literaria que logró adquirir a lo largo de su vida había que quitarse el sombrero, y su forma de entender, de practicar y de vivir el marxismo le dio un giro de ciento ochenta grados a la izquierda colombiana de su tiempo. Todos ustedes saben que ya desde principios de los años sesentas, cuando las sirenas de la revolución cubana aún seducían a los navegantes de toda América Latina, adelantó memorables polémicas ideológicas y políticas contra ese mesianismo armado de la extrema izquierda que tanto le ha servido a la extrema derecha para perpetuarse en el poder; todos ustedes recuerdan sus lúcidos escritos posteriores sobre cómo la *nomenklatura* del partido comunista de la Unión Soviética había envilecido el pensamiento de Marx, hasta el punto de haberlo vuelto una patética caricatura de sí mismo, y todos ustedes son conscientes de que su lucha por construir en Colombia un auténtico partido de la clase obrera estaba íntimamente ligada a su convencimiento de que al reformismo liberal — ¡hélas! — le había pasado su cuarto de hora.

Desde luego, no ignoraba que los cambios estructurales que la sociedad

colombiana reclama con urgencia necesitan del concurso multitudinario de las grandes mayorías trabajadoras del país, incluidos los empresarios nacionales y extranjeros que amplían el mercado interno, desarrollan la riqueza colectiva y fomentan el empleo. Tampoco ignoraba que uno de los deberes más elementales de la izquierda democrática es el de apoyar y promover todas y cada una de las reformas, así sean transitorias y superficiales, que contribuyan a mejorar las escandalosas condiciones de miseria que padecen millones de compatriotas. Nunca, sin embargo, perdió de vista que “los costos de la moderación”, como dijo un eminente sociólogo contemporáneo, han sido a lo largo de la historia muchísimo más onerosos que los costos de la revolución, y que los propios canales permitidos por el sistema para efectuar ciertos cambios son inadecuados a la hora de implementar reformas verdaderamente significativas.

Para quienes tuvimos la suerte de colaborar con él en *Tribuna* y de participar en la edición de algunos de sus escritos, que solían suscitar interminables discusiones ideológicas, políticas, literarias y hasta gramaticales, el haberlo visto actuar en este campo nos abrió los ojos. De hecho, un porcentaje muy considerable de los editores que hoy en día están al frente de la producción de libros más o menos serios en Colombia fueron formados por él, y aunque creo que a todos nos sacó la piedra en más de una ocasión, estoy seguro de que ninguno de ellos desconoce que le debe –le debemos– una tremenda dosis de gratitud.

Porque nos enseñó, en efecto, muchas cosas. A no idealizar a los intelectuales, en primerísima instancia, y a no olvidar que su trabajo, por más “puro” que parezca, no puede desligarse de las condiciones históricas y materiales que lo hacen posi-

ble; a tener siempre presente que “nos la podemos pasar sin doctores”, como dijo en alguna oportunidad, “pero no nos la podemos pasar sin peones”; a no buscar en el mundo la verdad del ser, como los escolásticos, sino el ser social de la verdad, como los materialistas dialécticos; a no pensar que la falta de talento literario se arregla con disquisiciones pseudofilosóficas, y que la falta de una formación filosófica seria se compensa con florilegios pseudoliterarios. Nos enseñó que la lógica prima sobre la retórica; que las cosas que se dicen con demasiadas palabras quedan por lo general mal dichas; que la ironía y el humor también hacen parte del bagaje cultural de los de abajo; que el adjetivo que no engendra vida, según la conocida expresión de Vicente Huidobro, mata, y que la búsqueda de la verdad es inseparable de la búsqueda de la belleza.

Francisco Mosquera, en resumidas cuentas, era todo un personaje. Jamás pretendió ser un mesías, sobra decirles, y nunca fue un burócrata de la revolución, ni un comisario de doctrinas reveladas, ni un predicador de catecismos laicos, ni un vendedor de específicos políticos. Era ante todo un ser humano lleno de contradicciones, como todos los seres humanos que valen la pena, y claro que tenía los defectos propios de sus cualidades, como los tenemos todos. La vida no le quiso regalar el tiempo que necesitaba para concluir su obra, pero hoy, quince años después de su muerte, ¿quién puede negar que las semillas que sembró han fructificado en la memoria, en el pensamiento, en las manos y en el corazón de todos ustedes?

De todos nosotros, mejor dicho, a quienes en una u otra forma nos legó el compromiso de persistir en el rumbo, por supuesto, y de no perder el estilo.

Muchas gracias.

A los 15 años de la muerte de Francisco Mosquera

Juan Pablo Arango

Aunque para algunos únicamente se trata del fundador de un partido político –el Movimiento Obrero Independiente y Revolucionario, MOIR–, Francisco Mosquera Sánchez no solo contribuyó a corregir los errores que hasta entonces impedían a la izquierda fraguar sus propósitos de cambio, sino que analizó la naturaleza de la sociedad colombiana y su historia, planteando el camino que es necesario seguir si se quiere coronar su transformación. Para alcanzar dicho propósito, incursionó en múltiples áreas del conocimiento y de la realidad.

Desde que naciera en Piedecuesta, Santander, el 25 de mayo de 1941 y hasta su muerte, acaecida en Bogotá el 1 de agosto de 1994, Mosquera siempre estuvo obsesionado por superar las talanqueras del atraso económico, la injusticia social, la antidemocracia y la dominación extranjera que impiden el bienestar de Colombia. A los ocho años ya manifestaba un instinto insumiso; su padre relata haberle descubierto un texto en papel sellado en el cual expresaba su deseo de luchar por los pobres. Cuando apenas contaba 18 años de edad, inició su carrera política en el Colegio Santander, de Bucaramanga, poniéndose al frente de una huelga estudiantil que involucró a muchos otros colegios e incluso a la Universidad Industrial de Santander. Esta batalla lo convirtió en líder de las juventudes liberales departamentales. El día de su graduación como bachiller, mientras la familia y los compañeros lo esperaban, llegó tarde y en un volante que repartió entre los asistentes, titulado *Yo*

protesto, anunciaba que se negaba a recibir su diploma de manos de represores y reaccionarios. Tras una huelga en respaldo a los obreros de Ecopetrol, fue expulsado de la Universidad Nacional, donde cursaba Derecho, carrera que prosiguió por un breve período en el Externado de Colombia. En 1961, a los veinte años y con motivo del ‘Día del Padre’, le escribió al suyo una carta en la cual solicitaba que si no cumplía con dedicar su vida a la causa de los explotados y oprimidos de su patria, no se inscribiera sobre su tumba nombre alguno.

Para coronar este anhelo, Mosquera estaba convencido de que era imprescindible crear un partido revolucionario. Por ello, en 1963 ingresó al Movimiento Obrero Estudiantil Campesino, MOEC, donde el 1º de octubre de 1965 conformó el núcleo de lo que posteriormente sería el MOIR. Buscando materializar su vinculación con las masas populares, Mosquera y los compañeros que lo seguían en el MOEC se impusieron la tarea de crear un movimiento sindical nacional, el Bloque Sindical Independiente de Antioquia, que se enfrentó al manejo progubernamental de la UTC y la CTC, por entonces enseñoreadas de las organizaciones sindicales.

Fue así como entre el 12 y el 14 de septiembre de 1969 se realizó en Medellín el Encuentro Nacional del Sindicalismo Independiente, al cual concurren representantes de todas las fuerzas políticas de la izquierda, personalidades democráticas y delegados sindicales. Al término de este Encuentro se protocolizó la fundación del MOIR, el cual aglutinó al Bloque

Sindical Independiente de Antioquia, al de Santander, al Frente Sindical Autónomo del Valle, a la USO, a Fenaltracar y a Fedepetrol. Se trataba –en palabras de Mosquera– de “un instrumento de lucha para unificar a la clase obrera organizada en el cumplimiento de su misión histórica, para llevarla a que se dé su organización política nacida de ella misma y ponerla en aptitud de conquistar la dirección de la revolución... dentro del frente de liberación que debe construirse y organizarse con las demás clases populares de la sociedad”. Los avatares políticos llevarían a que el MOIR se transformara de la organización sindical que inicialmente se concibiera, en el partido así anunciado.

En octubre de 1970, cerca del municipio de Cachipay, tuvo lugar un evento que marcaría la culminación del período de formación del MOIR, cuando tras meses de estudio y discusiones, se aprobaron los proyectos de Programa y Estatutos del Partido y se aclamó a Francisco Mosquera como su Secretario General. Desde entonces el MOIR sentó los principios que transformarían los conceptos y el quehacer políticos de la izquierda colombiana.

El MOIR deslindó campos con el terrorismo (del cual en diversas ocasiones ha sido víctima) que, en razón de la equivocada interpretación de la experiencia cubana que llevó al derrocamiento de Fulgencio Batista el 1º de enero de 1959, impuso el foquismo desde entonces entronizado en América Latina. Así lo expresó en 1982, cuando se negó a participar en la malhadada ‘política de paz’ de Belisario



Betancur, aclarando: “El MOIR tampoco ha recurrido al secuestro ni a ningún tipo de disparate terrorista, en procura de fondos para financiarse o tras determinadas finalidades publicitarias. Creemos que semejantes procedimientos proporcionan pretextos a granel a los aparatos represivos que no desaprovechan oportunidad para proceder contra el pueblo; y el pueblo no puede menos que mirar con recelo hazañas que se confunden a menudo con los lances protagonizados por la delincuencia tan común y corriente en nuestro medio. En general, para todas y cada una de las labores políticas nos atenemos a los métodos elaborados por Marx y Engels hace más de un siglo, que parten del principio de que la emancipación del proletariado es obra de la clase obrera misma, que se gana el apoyo del resto de los sectores sojuzgados de la sociedad, y no de proezas aisladas de unos cuantos insurgentes.” Volvería a hacerlo, entre muchas otras ocasiones, en septiembre de 1990, cuando frente a los secuestros de Francisco Santos Calderón y Diana Turbay sentenciaba: “No hay causa, noble o vil, que lo justifique [el secuestro].”

Desgraciadamente, este instrumento tan exclusivo de la delincuencia común, pasó a constituirse en parte integrante de la táctica de las guerrillas colombianas y, a través de ellas, en el símbolo de la luchaseudorevolucionaria. (...) Hemos insistido en colocar, entre los grandes objetivos nacionales a obtener, la civilización de la contienda política, de tal forma que quienes recurran a cualquiera de las manifestaciones del vandalismo queden aislados y reciban ejemplar sanción."

En 1972 Mosquera, superando el tradicional abstencionismo de la izquierda, proclamó la concurrencia del MOIR –con el Frente Popular, liderado por Alberto Zalamea– a las elecciones para asambleas y consejos realizadas el 16 de abril. Desde entonces el MOIR se alió electoralmente con la Unión Nacional de Oposición, UNO, y el Frente por la Unidad del Pueblo, FUP, y posteriormente con diversos líderes y partidos hasta integrarse en diciembre de 2005 con el Polo Democrático Alternativo, PDA.

Con esta política de alianzas Mosquera materializaba su convencimiento de que "la revolución colombiana necesita estructurar, bajo la dirección del proletariado, el más abigarrado frente que aglutine a todas las clases, capas y sectores revolucionarios, democráticos y patrióticos". Advertía no obstante que dicho frente debe perseverar sin claudicaciones en un programa que no desdibuje sus objetivos principales, trocándolos por un discurso supuestamente de izquierda pero reducido a alcanzar cambios secundarios que en el fondo preservan la naturaleza expoliadora del régimen imperante.

La defensa de la soberanía nacional contra Estados Unidos o cualquier otra potencia que pretenda someterla, constituyó otro de los planteamientos mosqueristas que causaron escozor tanto en las toldas de los partidos de derecha como de izquierda: en los primeros porque siempre

han mantenido la patria aherrojada a los designios impuestos desde Washington, y en los segundos porque en diferentes instancias históricas se esforzaron por trastocar la sujeción estadounidense por aquélla del imperialismo soviético cuando se disputaba el dominio global con la Casa Blanca. Por ello en 1983 Mosquera afirmaba, defendiendo la vigencia histórica del marxismo: "A los cien años de la muerte del convicto de Bruselas y del exiliado de Londres, y simbólicamente desde su tumba florecida, los revolucionarios de las más diversas nacionalidades les espetan a los socialrenegados de hoy, en todas las lenguas: ¿serán socialismo los patíbulos soviéticos en Afganistán, los cadalsos vietnamitas en Kampuchea y Laos, los paredones cubanos en Angola? (...) ¿Puede el proletariado triunfante de un país imponer la felicidad a otro país sin comprometer su victoria? ¿No forja sus propias cadenas el pueblo que oprime, a otro pueblo?" En su insistencia sobre la necesidad de delinear los trazos de la política nacional teniendo siempre en cuenta el acontecer internacional, las palabras de Mosquera sobre el derrumbe de la URSS resultaron proféticas.

Igualmente señaló que con el hundimiento del Kremlin se iniciaba una nueva etapa de una sola superpotencia: Estados Unidos. En su última intervención pública, el 25 de noviembre de 1993, advertía sobre los múltiples escollos enfrentados por el Pentágono: "A medida que el imperialismo alarga sus tentáculos, se debilita afuera y adentro. Su derrumbe será inevitable; ayudémoslo a que su desaparición sea rápida. Pese a los obvios apremios la situación actual es excelente. Yo les aconsejaría que no pierdan la marea alta."

Antes que cualquier otro pensador latinoamericano, Mosquera detectó, analizó y previno acerca de las nefastas consecuencias de la política 'neoliberal'

y de la llamada 'apertura económica', estrategia trazada por Estados Unidos y desarrollada por los mandatarios de su 'patio trasero' para procurar el máximo beneficio de los intereses de las multinacionales norteamericanas y sumir a los países sometidos a su órbita neocolonial en mayor miseria.

Empero, Mosquera no circunscribió sus intereses a la esfera política. Fue un hombre universal, acucioso por explorar los diversos aspectos de la naturaleza y la sociedad. Así como abordó con gran profundidad el análisis de las causas del campesinado, la mujer, los artistas y los empresarios ligados al desarrollo de una economía nacional, se interesó en la ciencia y los intelectuales. Ello lo concitó en 1971 a orientar al movimiento estudiantil más importante de la historia nacional, proponiendo que luchase por una cultura nacional, científica y de masas, consigna acogida por la entonces naciente Juventud Patriótica, JUPA, organización cuyos líderes resultaron elegidos para integrar los organismos de dirección de las más importantes universidades del

país. También lo motivó a organizar con científicos, médicos, biólogos y físicos los llamados 'Ateneos' de Medellín (1986) y Cali (1985), donde se discutía acerca de astronomía, biología, medicina, ingeniería genética, los nuevos aportes de la ciencia, la dialéctica de la naturaleza. Y apoyó la creación del Centro de Estudios del Trabajo, Cedetrabajo, y de su revista *Deslinde* desde cuando su primera edición vio la luz en noviembre de 1983.

En fin, Francisco Mosquera contribuyó al desbrozamiento de una política revolucionaria durante el último medio siglo en Colombia y el mundo. Estas palabras tuyas, resuenan hoy con plena vigencia: "En medio del caos y del pánico a las clases dominantes colombianas sólo les queda el alivio de añorar el pasado, ya que temen al futuro, el cual por primera vez en la historia de nuestro país pertenece a las masas populares que nunca estuvieron presentes a la hora del reparto de los beneficios, pero que son las verdaderas creadoras de todo lo grande, respetable y digno de rescatar de la sociedad que languidece". □

Francisco Mosquera contribuyó al desbrozamiento de una política revolucionaria durante el último medio siglo en Colombia y el mundo. Empero, no circunscribió sus intereses a la esfera política. Fue un hombre universal, acucioso por explorar los diversos aspectos de la naturaleza y la sociedad.